

Baloo

Si bien la adoración que siempre he sentido por los animales es extraordinaria, la noche en la que el conejo blanco decidió jugar conmigo fue macabra.

Desde pequeño, la conexión con estos seres peludos domesticados ha sido muy grande. Perros, gatos, conejos... todos fueron mis acompañantes. Pero a medida que iba creciendo, el afecto que sentía por ellos empezó a distorsionarse. Una extraña incomodidad me invadía al mirarlos. Sus ojos, siempre fijos en mí, me hacían sentir observado, juzgado. Algo estaba cambiando.

Baloo, mi conejo blanco, siempre estaba allí para alegrar mis días. Un ser diminuto de pelaje pulcro y ojos oscuros como un pozo sin fondo. Siempre creí que era mi mejor amigo, ingenuamente.

Las últimas semanas habían sido un infierno. Mi bondadoso jefe, me drenaba hasta el agotamiento, mis días se volviéndose cada vez más nefastos. Aquella noche, al llegar a casa con una botella de cerveza en la mano, Baloo trepó mi pierna como siempre lo hacía, pero esta vez... dolía. Sus garras se clavaron en mi piel, y algo dentro de mí se quebró. Una furia demoníaca se apoderó de mi ser y sin pensarlo, tomé a la criatura de sus orejas largas y lo arrojé contra el sofá. Su chillido se perdió en el silencio. Huyó despavorido, escondiéndose en las sombras. Y yo... no sentí absolutamente nada.

Desde aquella desgraciada noche, Baloo ya no se acercó. Me observaba desde los rincones más oscuros, oculto en las penumbras. Lo único que podía sentir era su mirada, me repugnaba. Al principio, lo ignoré. Pero luego, los regalos por parte del animal comenzaron a aparecer.

La primera noche, una fotografía vieja de mi infancia tan querida apareció en el umbral de mi puerta. La segunda, el colgante de mi difunta madre. La tercera, su propio alimento; un montón de bolitas duras y añejas esparcidas como si de una ofrenda se tratase. En mi pecho sentí algo ominoso. Y el animal seguía sin mostrarse.

Pero cuando semanas después la pestilencia se volvió insoportable, lo comprendí.

Lo encontré bajo mi cama, su cuerpo marchito, deformado por el tiempo. Sus ojos ausentes y su boca ligeramente abierta, como si quisiera decirme algo. Lo sepulté en mi patio trasero, sintiendo una extraña mezcla de alivio y angustia. Pero Baloo no se fue.

Las noches pasaron, siempre tenía la misma pesadilla. En mis sueños lo veía: un animal roto, sus huesos sobresaliendo de su piel. Yo lo golpeaba y apuñalaba, pero jamás moría. Siempre volvía a mirarme con esos ojos negros y vacíos. Me despertaba empapado en sudor, temblando. Una certeza invadiendo mi pecho: yo no lo había hecho. No pude haber sido yo.

Me refugié en el alcohol, pero mientras más bebía, más claro se hacía. Un recuerdo... no, una revelación.

Allí estaba yo, en mi habitación. Baloo castañeando en mis manos.

Su cuerpo frágil elevándose en el aire antes de estrellarse contra el suelo con un crujido sordo. Sus chillidos desgarraban el silencio, y mi expresión, neutra. Mi pluma en su carne, enterrándose una y otra vez, su cuerpo sacudiéndose espasmódicamente hasta que finalmente... se acabó. Su sangre se filtró en la madera bajo mi cama, y yo, me fui a dormir como cualquier otra noche.

Ahora, cada vez que cierro mis ojos, siento su presencia. En mi pecho podía sentir su cuerpo, respirándome en la cara. Cada noche era peor, la presión que sentía se volvía cada vez más intensa. Despertaba con arañazos, moretones, y mis pesadillas se volvían cada vez más grotescas y demoníacas.

Mi vida se estaba convirtiendo en un infierno y no logré evitarlo. Podía verlo en todos lados: en las sombras, bajo la cama. A veces las telas tomaban su forma de animal en descomposición, y no lo podía soportar más, me estaba volviendo completamente loco.

Durante mi terrorífico horario laboral, pude verlo. Estaba allí, al lado de mi jefe. No dudé en golpearlo, matarlo. Pero nadie más lo veía. Golpeé y machaqué el pequeño marco en donde mi jefe adoraba a su familia en una pequeña fotografía. Podía jurar que era Baloo. Me despidieron.

Las noches luego de ese día ya no eran las mismas; eran insoportables. No pegaba un ojo, y ahí estaba él, sobre mí. Su forma cambiada, era grotesca y alargada, con sus extremidades torcidas. Su cara estaba deformada en putrefacción y el hedor que provenía de su boca al abrirla era espeso.

De su hediondo hocico salieron susurros.

“Es mi turno de jugar contigo.”

Su asqueroso rostro se acercó al mío, mi corazón latiendo rápido. Intenté gritar, intenté moverme, pero mi cuerpo no quería responder, ni un solo músculo. Y fue entonces cuando la oscuridad irrumpió todo a mi alrededor, dejándome en la nada misma.

Desperté al día siguiente, pero algo estaba mal. Mi reflejo se sentía extraño, mis ojos no eran los mismos: eran oscuros e infinitos. Sentía que mi piel palpitaba y se afiebraba. Cuando la toqué, sentí algo moverse bajo ella.

El pánico se apoderó de mí.

Baloo había regresado. Y ahora, yo era su juguete.